

NO ESTAMOS LOCOS

UN RETRATO
DE LO QUE SOMOS
LLENO DE HUMOR
Y FINA IRONÍA

EL GRAN WYOMING



El Gran Wyoming



No estamos locos

QUIÉNES SOMOS

Introducción:¹

Este tratado, que así debe llamarse pues ha pasado por distintas terapias con dudoso resultado, no pretende otra cosa que ser un humilde referente de la peculiar historia del ser humano llamado español, desde sus orígenes hasta nuestros días. Por fin el lector encontrará respuesta a preguntas tan frecuentes como: ¿quién soy?, ¿de dónde vengo?, ¿adónde voy? Y, sobre todo, ¿por qué se lo llevan con tanto descaro?

Como se verá, se trata de un proyecto muy ambicioso, sobre todo teniendo en cuenta quién lo desarrolla, ya que, la mayoría de las veces, este tipo de trabajos se abordan desde el conocimiento o la erudición: es lo fácil. En este caso, al carecer el autor de ambas cualidades, tiene que inventárselo todo. Todo. No encontrará el lector un apartado citando bibliografía alguna porque no se ha recurrido a libros de consulta, está escrito «de cabeza», que es el sinónimo que usa el vulgo para referirse a la memoria.

Tampoco busque el lector objetividad entre estas páginas, pues semejante término hace referencia, no a la equidistancia en la observación, sino al empeño del que paga por que el autor le escriba al dictado. No, este libro, y es la primera vez que alguien se sincera de esta forma, está escrito desde el desprecio. Ese mismo que sienten los que llevan en el poder desde

1. Palabra de múltiples significados que encuentra en el idioma castellano la apoteosis de los sinónimos, la mayoría de los cuales no vienen al caso.

hace siglos, salvo breves períodos de interinidad, por este pueblo llano; llano en general, porque en lo orográfico somos ricos en estribaciones que, por desgracia, han sido una barrera impermeable a la verdadera civilización, ésa a la que hemos pertenecido durante un corto y onírico episodio de nuestra historia.² Cuando nos creímos miembros de pleno derecho del club europeo, nos han arrojado un jarro de agua fría para anunciarnos que vivíamos por encima de nuestras posibilidades y que debíamos regresar a la vendimia de Francia.

«Nosotros no hemos hecho nada para merecer esto», afirman muchos españoles perplejos. Y tienen razón, aunque es lo mismo que decía El Arropiero³ (en su caso se cuentan por legiones los que creen que merecía un castigo).

Para entender lo que nos pasa debemos saber quiénes somos. Sólo desde la conciencia del «yo» colectivo accederemos a un diagnóstico certero y definido. A ese fin me encamino con dudosa disposición, dada mi natural desidia, gracias al empeño de la editora, que no soporta ver a alguien con los brazos cruzados. No es un tratado complaciente porque la desvergüenza delictiva de la élite que nos gobierna en lo político y en lo económico no tiene equivalente o referente en nuestros vecinos del norte y, no digamos, del Lejano Oriente, donde los presuntos expoliadores de lo público dimiten y, más tarde, en algunos casos, se suicidan. Nosotros no conocemos ni la primera fase, aquí el *presunto* brama exigiendo el restablecimiento del honor, pero jamás de lo sustraído.

Vamos allá.

2. Sí, con minúscula, todas nuestras hazañas y movimientos por el orbe han ido destinados al saqueo. Así nos luce el imperio donde no se ponía el sol.

3. El Arropiero asesinó a veintidós personas (y se cree que la cifra pudo llegar hasta cuarenta y ocho) a finales de los años sesenta y principios de los setenta. Al enterarse de que un mejicano había matado a más gente que él, pidió permiso, muy serio, al policía que le custodiaba para que el récord estuviera en manos de un español. Un patriota.

Este pequeño y desgraciado país. Con una reflexión mística

En fin, tal vez todo se deba a que estamos al sur, siempre teniendo como referencia a Europa. Referencia que, lejos de orientarnos, nos ha perdido, pues si nos hubiera dado por mirar al sur, al nuestro, a África, de donde venimos todos los humanos, también los españoles, según afirman los antropólogos de poderío, aunque hayamos perdido gran parte del moreno que lucen todavía los nativos en la parte tenebrosa del continente, donde sólo se va en busca de grandes animales para convertirlos en apliques de pared, o de mano de obra; si hubiéramos mirado hacia allí, decíamos, seríamos «el norte» y otro gallo nos cantara, pero siempre hemos dado la espalda a los que teníamos debajo, sin consentir que los de arriba nos miraran por encima del hombro.

Ésa es mi España, azote de pateras y orgullo de imperio ante el abismo industrial que nos separa de Europa. Ni siquiera Portugal, nuestro vecino más ibérico, es suficiente. Queremos ser como nuestros más odiados enemigos del norte. ¿Por qué? Porque nos tienen envidia. La razón apunta que debería ser al revés, el envidiado suele ser el modelo, pero tal apreciación es fruto del desconocimiento de nuestros gloriosos orígenes, que nos confieren esa característica altanería que se transforma, cuando la ocasión lo requiere, en la internacionalmente reconocida «furia española», y que es nuestra mayor aportación al motor que mueve la Historia. En eso y poco más consiste nuestra aportación al desarrollo de la civilización. Ellos nos envidian porque sus mujeres nos desean, porque como en España no se vive en ningún sitio, y porque el español es capaz de beber un litro de vino sin quitarse la camisa. Nosotros, sin embargo, sentimos por ellos una envidia sana, sólo por una cuestión material: son más ricos que nosotros (aunque espiritualmente somos superiores). De hecho, aquí, quitando los que han llegado de fuera últimamente, todo el mundo profesa la religión verdadera.

¿Cuál es ese origen del que nos sentimos tan orgullosos?

Venimos de un país de hidalgos, que constituían la parte más baja de la nobleza, pero nobleza al fin, que estaba exenta de pagar impuestos. Sí, exenta. Así estaba organizada nuestra sociedad, los que más tenían, o, mejor dicho, los amos de todo, no pagaban un guil,⁴ igual que ahora; ¿y los hidalgos?, tampoco. Hidalgo viene a ser lo mismo que *fijodalgo*, o sea hijo de algo o alguien, dando a entender que tiene ancestros conocidos, que no es hijo del azar o del capricho, que no es un hijo de puta, vamos; si bien, aunque esté feo generalizar, podríamos decir, generalizando, que su comportamiento viene a demostrar lo contrario.

Ese privilegio de no pagar impuestos ha marcado nuestros cromosomas a fuego y nos resistimos a soltarlo. Todos los españoles sienten en lo más profundo de su ser la dualidad que heredan de este noble origen. Por un lado, la pertinaz resistencia a cumplir con las obligaciones fiscales, y, por otro, la necesidad de decir a la primera oportunidad: «Usted no sabe con quién está hablando»; en un afán de reivindicar su aristocrática raíz, al tiempo que con la elevación del tono de voz y la emisión de fomites⁵ nasofaríngeos se empeñan en quemar el árbol genealógico para dar la razón a Darwin. Así somos, contradictorios, duales, esquizoides y pícaros. Bueno, pícaros los que no dan para más, los que tienen posibilidades ejercen la delincuencia de altos vuelos.⁶ Baste recordar que desde tiempos inmemoriales la asociación que engloba a los empresarios (CEOE) ha estado presidida, vicepresidida y aclamada por personas que actúan al margen de la ley. Las estafas perpetradas por estos próceres que marcan el camino que seguir de la

4. Dinero.

Nota del autor: a lo largo del libro se usarán con frecuencia términos que no aparecen en el diccionario de la RAE porque tienen su origen en el caló, el lenguaje carcelario, argot de barrio o, simplemente, desconocido, pero daré cumplida y puntual cuenta de su significado prejuzgando que el querido lector ha estado a resguardo de semejantes influencias y viene de gente bien, de hidalgos. De nada.

5. Fomites: perdigonazos. Esta vez el término es desconocido por demasiado fino.

6. Llamada así por su amor al *jet* privado.

clase empresarial son rotundas en lo cualitativo y en lo cuantitativo, y, como suele ocurrir en el mundo de la política, sus fechorías no les restan un ápice de prestigio. Bueno, a no ser, lo que acontece rara vez y de forma fugaz, que acaben en la trena: entonces sus congéneres suelen darles la espalda por «pringaos».⁷

Volviendo a los orígenes, ese orgullo de hidalgos y, sobre todo, los montes Pirineos han impedido que seamos esclavos de otros más rubios; esclavos de los de grilletos, quiero decir. Los romanos lo consiguieron, a pesar de la resistencia «numantina» que opusieron algunos pueblos, como el que da nombre a la expresión, algunos de cuyos hombres prefirieron el suicidio antes que acabar picando piedra. En mis tiempos, en los libros de historia, no nos contaban quién construía las calzadas romanas, acueductos y demás obras públicas a las que eran tan aficionados los romanos, dando a entender que eran las propias legiones las que en sus ratos libres se dedicaban a colocar piedras en los caminos a falta de otra actividad más lúdica.

Abandonamos la antropología para valorar un aspecto geográfico que ha tenido mucha influencia en nuestra formación como pueblo portador de valores eternos. El Mediterráneo es sin duda el espacio ideal para la vida intelectual, entendiendo como tal el afán de rehuir el esfuerzo físico. Esa costa ha estado siempre en el punto de mira de los visionarios, sean griegos, fenicios, cartagineses, romanos y, más recientemente, guiris.⁸

Estrabón, en su *Geografía*, situaba aquí el Jardín de las Hespérides, que eran unas ninfas que cultivaban así, como quien no quiere la cosa, el huerto. Alegres, desenfadadas, acudían al tajo como se va al *spa*, de buen rollo y medio en pelotas. Bueno, algo de verdad habría, y a lo mejor las susodichas andaban por allí, otra cosa es que estuvieran dispuestas a darlo todo con el primero que pasara. Más bien parece que los marineros hacían de su capa un sayo, y de la nativa, sirena, mucho más accesible ya que rebajaba la barrera moral del acceso carnal

7. Los que no están a la altura.

8. Guiri: Alguien que lo es.

sin consentimiento de violación a brocheta, en su condición de medio merluza.

Evidenciado el peligro del abuso por parte del forastero, nuestra costa se ha preservado casi virgen hasta nuestros días. Cualquier insensato que osara vivir cerca del mar era carne de saqueo, violación o secuestro. La primera línea de playa, ya se sabe, tiene un precio abusivo. Resumiendo, nuestro litoral siempre ha estado muy valorado por toda clase de rufianes. Antes con garfio, parche en el ojo y cimitarra.⁹ Ahora, con maletín.

Aparte de los que recalaban en busca de botín e himeneo, los nativos, obligados a vivir en el monte lejos del alcance de los catalejos, no se quedaban cortos en la carrera del pillaje. Aprendieron rápido a obtener beneficio del transeúnte haciendo embarrancar a los barcos al cambiar las señales luminosas de la costa, saqueando a los comerciantes y, en general, desarrollando actividades de piratería, costumbre que ha derivado en la cultura del alquiler de tumbona y la paella de chiringuito y, llegado el caso, una vez emborrachado el intruso, la sirla.¹⁰ El malhechor, como vemos, se convierte en factor de mala influencia sobre la víctima, que cuando supera el trauma de la agresión es capaz de discernir los altos réditos que proporcionan las fechorías, el gran beneficio que rinde el chori-ceo en comparación con la agricultura y, en muchos casos, aparca la virtud para alistarse en las filas del «Maligno». Podríamos decir que se genera una corriente osmótica¹¹ del bien hacia el mal que no se da en el otro sentido por la vía del ejemplo. El corruptor cautiva cual cobra de desierto al corrompido que cae en sus brazos y sólo pide más y más, como los niños que describe Dickens¹² haciendo la cola de la zampa, con sus cuencos en la mano, en aquellos orfanatos británicos.

9. No es un instrumento musical.

10. Navaja; por extensión, dar el palo con la misma.

11. Se da entre dos fluidos de distinta densidad o concentración separados por una membrana semipermeable.

12. Un señor que hizo una fortuna relatando lo pobres que son los pobres.

Al margen de la antropología, que, al tener como protagonista al «ser elegido» por dios¹³ en la Creación, todo lo enguarrar, podemos analizar la cuestión del atractivo de nuestra especial ubicación planetaria desde otro punto de vista, el mío, que quedará vigente hasta el final de estas páginas.

Tal vez convendría hacer un pequeño inciso para reflexionar sobre una cuestión que nunca nos aclaran los que dedican su vida a los misterios que ellos mismos inventan y que dan en llamarse místicos. Son como los señores que contratan los periódicos para hacer crucigramas, sudokus o sopas de letras, pero los enigmas que pergeñan los místicos no tienen solución, con lo que consiguen llevárselo muerto a costa de putear a quien atrapan al agotar su paciencia, llenándole la cabeza de incógnitas que sólo se aplacan con la fe, una plantilla que sirve para todo, de uso exclusivo de creyentes a los que convencen de poseer con ella su mayor tesoro. ¡Ojo!, hemos dicho se aplacan, no resuelven. La fe sería la llave que encierra las dudas en un cofre para que dejen de dar el coñazo. Algo así como ir de turismo a Japón, que te parece precioso, pero no te enteras de nada y te importa todo un carajo.

Cuando hablaba del «ser elegido», hacía referencia al momento en que dios decide crear al hombre «a su imagen y semejanza». Si uno tiene ancestros aragoneses y tiende a llamar al pan pan, entiende de sus palabras que cuando moldeó a Adán estaba haciendo un autorretrato. Si además aceptamos que es divino en general, y en concreto representa la divinidad absoluta, o sea la perfección, debemos concluir que lo que sacó de ese pedazo de arcilla fue una réplica exacta de sí mismo. La pregunta que todo filósofo debe hacerse es: ¿por qué con distintos tamaños de pene?

Entre nosotros, de la misma manera que con el universo lo bordó, con el ser humano no estuvo a la altura de lo que esperaban crítica y público. Renegando del resultado, en un acto de suprema crueldad, dejó en manos de ese «ser» la administración de su obra, y para remate, a través de una extraña ma-

13. Irá en minúscula en general, y en mayúscula cuando empiece a comportarse como Dios manda.

niobra parecida al juego de los sobres del «Un, dos, tres...», le brindó la posibilidad de ser bueno o malo gracias a un resorte que dio en llamar «libre albedrío». El hombre, haciendo uso de su poderío, eligió ser un cabrón con pintas y decidió mutar su condición de administrador en la de propietario de la finca, lo que le valió el primer cese por apropiación indebida, con expulsión del Paraíso incluida. Hay que tener en cuenta que en los juicios divinos no existe la prescripción del delito, por lo que el delincuente, a diferencia de los juicios terrenales, devuelve lo sustraído. Ese vicio transformista de hacerse propietario de lo que se administra se arrastra hasta nuestros días y nos hace pagar un alto precio a los que vivimos en este sistema llamado democracia, gracias al cual algunos elegidos por el pueblo usan el «libre albedrío» con nuestro patrimonio, y lo ponen a nombre de sus amigos en una maniobra bautizada con buen criterio «privatización», que consiste en echar a la talega lo que antes estaba a la vista para uso y disfrute de todos. Esta iniciativa emprendedora convierte al que la practica en «liberal en economía» y al que la contempla en «explotado mortis».

Pero dejemos cuestiones tan elevadas como las creencias superiores en manos de quienes saben, pocos consejos necesitan de los profanos. Bastante buen uso han hecho de aquello del «libre albedrío» al reconvertir la fe y el temor a lo esotérico en el más rentable y duradero negocio que imaginarse pueda. Allá donde sale alguien creyendo en un ser superior, surge un *mánager*, con sotana, túnica, quincalla o Dodotis, que cobra por representar al altísimo en la Tierra. Muchas veces me acusan de tomarme esto a cachondeo, pero no es verdad, lo que afirmo lo digo totalmente en serio, razón por la cual no suelto un duro. Y en cualquier caso, puestos a creer en seres superiores que se aparecen, quiero ver al verdadero. Nada de *covers*, versiones o *playbacks*. En este maremágnum en el que ningún pueblo de España se salva de la aparición de un santo o una virgen, yo quiero ver al baranda,¹⁴ nada de tropa, pero me temo que a ése no lo ha visto ni el *mánager*.

14. Baranda: jefe. Baranda chachi: jefe superior. Baranda fulastre: el inmediatamente inferior en jerarquía.

Poco antes de empezar este libro, la Virgen bajaba a la Tierra de vez en cuando y se encontraba con una señora en El Escorial. Un día anunció que se aparecería a la vista de todos y resultó que la madre del altísimo no era otra que esa misma señora disfrazada con unas túnicas y bajo un montaje de luces bastante cutre. Y digo yo que para ese día podían haber contratado a una modelo, que se puede estafar a la gente, pero siempre desde el respeto, y ya que no se lo guardan ni a dios ni a su madre, por lo menos deberían tenerlo con el distinguido público que abarrota la dehesa en patética procesión y que, a fin de cuentas, es quien paga la romería.

La Conferencia Episcopal, al principio, se mostró reacia al reconocimiento de tan singular y sobrenatural suceso pensando que les había salido una competidora, y apelaron a la exclusiva ya que, en efecto, lo de la virginidad de María es un invento suyo con el que no comulgan las otras fes cristianas. Tras unas reuniones en las que la vidente llegó a un acuerdo de royalties con la curia diocesana, concedieron la «denominación de origen» a la aparecida, que al no ser otra que ella misma, Amparo Cuevas, que así se llamaba, se dio la circunstancia de que esta humilde mujer pasó a ser la madre de dios, que a su vez se convirtió en el octavo de sus retoños, ya que tenía siete de otros tantos embarazos anteriores, aunque esta última maternidad, como en el caso original, se produjo por arte de magia.

Luego dicen que me tomo estas cosas a cachondeo, cuando en realidad los que se las toman a cachondeo son ellos, dicho, claro está, con el debido respeto a sus cuentas anuales de beneficios.

Pero volvamos a los análisis de lo cercano, que es lo que nos da y quita de comer a los seglares. El autor, por circunstancias que no vienen al caso, pero casi todas derivadas de que vive muy bien, ha viajado mucho y ha podido comprobar que, entre pitos y flautas, éste es un rincón muy bueno para plantar la tienda. El clima acompaña, así, en general. No hay grandes catástrofes de la naturaleza. No tenemos *tsunamis*, ni terremotos, ni tifones, ni zombis, ni serpientes venenosas, ni arañas grandes y peludas, salvo, claro está, en las vitrinas correspon-

dientes, con luz fluorescente, que es donde tienen que estar esos bichos. O en las brasas de los yanomamis, donde no molestan a nadie y producen gran placer en lugar de estropicio. La poca actividad volcánica se encuentra en unas islas a una distancia prudente, y a diferencia del de Pompeya, nuestro volcán es civilizado. El autor, personalmente, duda de su existencia porque siempre que ha visitado las Islas Afortunadas, mirando hacia donde se supone que está, no ha visto más que nubes, pero en fin, dando un voto de crédito a los lugareños, que insisten en que lo han visto, del mismo modo que cuando llegas a Santiago de Compostela siempre te dicen «Ayer no llovió», concediendo ese crédito, hay que reconocer que el hipotético volcán, además de no dar guerra, tiene cierta vocación ausente, lo que se agradece porque todo lo que sueltan esos fenómenos de la naturaleza es chungo.¹⁵

Cualquiera que haya tenido una novia lapona entenderá por qué estamos orgullosos de nuestro clima mediterráneo, aunque la mayoría de los españoles padezcan el continental. Baste decir que nosotros tenemos ovejas y cabras donde ellos tienen renos, y será muy auténtico ver ordeñar a una rena, pero ese queso se lo va a comer quien yo me sé, en el Círculo Polar, a la admiración del sol de medianoche, escuchando un cante esquimal, embadurnado con grasa de foca: «¿Te *quíé* ir ya?»

Sí, como en España no se vive en ningún sitio y por eso nos va como nos va.

Demostrado por métodos científicos y otros más relacionados con la mística que éste es buen sitio para vivir, vamos a dar un repaso con la intención de descubrir quién lo ha jodido, cómo y por qué.

Recordemos que nos criamos entre pillos, piratas, ninfas y rufianes cuyos referente moral y máxima aspiración social eran los hidalgos, que si demostraban ser tales, estaban libres de sus obligaciones fiscales. ¿Quién no tiene un polo rosa para lucir en primavera y ejercer de patriota envuelto en la bandera de la invisibilidad tributaria? El pringao, también conocido como pueblo llano, y soberano en período electoral.

15. Muy chungo.